

***Hombres del silencio***  
**Buenos Aires, 1978, pp. 142- 143**

*Renée Soto del Castillo*

[...]

Escuchó el repiqueteo de los cascos de los caballos amigos que se alejaban al trote. Después escuchó ese silencio absoluto del campo, de la naturaleza dormida como si estuviese muerta, sin ningún murmullo, sin ningún suspiro. Y permaneció largo rato tendido encima de las sábanas sin desvestirse ni apagar la luz. ¿Dónde ir? Otra vez los rostros circunstanciales se alinearon como espectros ante él. Todos eran apagados o neutros y no podía elegirlos. Entonces comenzó a revisar los rostros graves de los amigos de su padre, avasalladores rostros de hombres mandones y parcos. Todos tenían una cierta similitud con aquel y estaba seguro de que lo tratarían como trataban a sus propios hijos. Y eso precisamente le desagradaba. Además se pondrían en consejeros pesados e impertinentes o por lo menos tratarían de dirigir su destino. ¿Cómo hacerle entender a esa clase de gente que se había distanciado de su padre por una poderosa razón? Enseguida le preguntarían cuál era esa razón. No podía decirle a esos cretinos que las razones eran infinitas. Tampoco les iba a decir que se había peleado con su padre por una mujer. En definitiva no iba a contar nada a nadie por ningún motivo. Carecía de paciencia para explicar sus problemas pues le daba lo mismo que lo apoyaran o no. Además odiaba los chismes y nunca se permitiría hablar nada de nadie y menos aún de personas ausentes. Así es que en tres horas de meditación sobre cómo organizar su destierro no había manera de decidirse por nada. Y se durmió sin saber qué haría al día siguiente con su montado preparado y la gurupa con ropas que sin ninguna duda se la mandarían de El Ombú.

Se levantó casi sin haber dormido y fue a la cocina en la que doña Asunción y sus hijas preparaban mate. –Mi hijo, le dijo la señora, –¿Usted se va este día? –Después que me des unos mates me iré. Le contestó mientras asomaba a la ventana alta y angosta que había en la cocina. Quería comprobar si su montado estaba allí atado al palenque esperándolo. Lo vio de atrás cargando en el anca su gurupa de cotonina marrón. Parecía un patriarca corpulento y meditativo esperando a su compañero. No hizo ningún comentario sobre él y se volvió para tomar un amargo. Mientras tanto doña Asunción al parecer rezaba, porque murmuraba algo que no iba dirigido a él, ni a las hijas que se turnaban para cebar bien el mate. Luego se retiró a su pieza y enseguida volvió misteriosa con un objeto en las manos. –Estoes pa que lleve con usted, le dijo poniendo en su bolsillo el objeto. Ifrán lo sacó para verlo. Era un pequeño envoltorio atado con una cintita. –¿Qué hay acá? –E una pluma del caburecito mi hijo, nunca te separe de ella. Ifrán sonrió u volvió a guardar el objeto. Doña Asunción no sabía mucho sobre los motivos que ocasionaron el retiro de Ifrán y las muchachas tampoco sino que lo miraban con ese recelo interrogador que espera una respuesta clara sin que se hagan preguntas, Ifrán sabía que los pensamientos eran así, además desde que asomó a la cocina para matear vio esas miradas pegadas como mariposas a él. Y le incomodaba un poco su propia reserva, pero era inevitable, no tenía por qué justificar ante esas mujeres su actitud, pues sólo serviría para que llenasen de chismes el pago. Ellas estaban cortadas y hasta parecían resentidas en medio del silencio pesado y eso apuró su partida. Les agradeció una a una la hospitalidad, le obsequió un dinerito a doña Asunción y montó enseguida alejándose. Como tres imágenes blancas, las mujeres quedaron mudas contemplándolo, Luego las envolvió un cauto murmullo.

[...]